

LAS NUEVAS FRONTERAS NOS RETAN

1. FRONTERAS

Crecí conociendo el mar como frontera. Es la percepción de los isleños. Cada mañana, al levantarme, podía ver ese mar-frontera desde mi ventana. Era límite y apertura. Seductor y temible, cargado de misterio y de sueños. Frontera horizonte abierto.

Al crecer conocí que había otras fronteras, construidas por la voluntad humana. Fronteras que cerraban el paso, dividían, hacían extranjero al hermano. El muro de Berlín fue su símbolo por muchos años. Su caída fue una alegría como aprender a navegar en la otra frontera-mar. Hasta que empecé a ver crecer otros muros junto al río Grande, en Melilla. Y vi convertirse un puente en muro sobre el río Masacre, entre Dominicana y Haití. Frontera horizonte cerrado.

Desde entonces frontera tiene ese sabor agridulce. Es el borde donde se juega el difícil equilibrio de la identidad. Donde se pasa de ciudadano a extranjero sin derechos o donde encontramos con el otro en un espacio que nos hace hermanos; por donde se entra al país de los sueños o a la humillación del ilegal o deportado. La frontera es el terreno de nadie donde todo vale y nadie vale. Donde dejamos los mapas conocidos para adentrarnos en otra cultura. Fronteras nacionales, sociales o culturales, espacios de encuentro y de exclusión.

En las fronteras siempre nos encontramos con el otro, el diferente, que nos hace sentir el escalofrío de lo desconocido, pero que nos invita a una fraternidad más allá de nuestros límites conocidos.

2. LA EXCLUSIÓN COMO FRONTERA

Nuestra América Latina se caracteriza por la riqueza mal distribuida. Cuando nos preguntamos por qué los gobiernos de izquierda a veces con pobres desempeños, consiguen reelección, no sólo tenemos que acudir a la corrupción y la ignorancia del pueblo. Es, sobre todo, porque han redistribuido mejor la riqueza. Han incluido a los ancestralmente excluidos. Los han incluido en la educación y la salud, en el disfrute de las riquezas, en la participación política. Los han hecho sentirse ciudadanos de pleno derecho. Aunque la dicha fuera corta. Porque el problema de nuestro continente es la exclusión.

Y de pronto, en el siglo XXI, el crecimiento económico nos permite abrirnos a la modernidad cultural y política, al mundo de los derechos y la ciudadanía, de la interculturalidad y la democracia. Y todos tenemos que aprender a vivir esta nueva realidad. Una modernidad plural, inserta en un mundo global, pero afirmando sus múltiples subjetividades. El indígena, el negro, el criollo, la mujer, los jóvenes siempre en rebeldía hacia la novedad, el poblador urbano que construye la nueva cultura emergente barrial, los migrantes en busca del futuro sin mal, van afirmando sus identidades y espacios de participación.

3. LA CPALSJ Y LAS FRONTERAS

Y es ahí que los jesuitas de América Latina vamos descubriendo nuestra frontera. Donde llegamos al límite, como personas e instituciones, y no tenemos carta de ruta para continuar. Pero hacia donde apuntan firmes nuestros sueños de fraternidad universal, de una fe que se hace justicia. ¿Cómo hacer puentes que unan culturas y pueblos? ¿Cómo reconciliar los desencontrados por la injusticia, la violencia, la corrupción? ¿Cómo revertir la desigualdad y la exclusión?

Estar en la frontera cuando el rostro del otro se hace hermano. Y cuestiona todas las seguridades y las rutas conocidas. Y exige inventar nuevos nombres, nuevas relaciones, nuevas reglas del juego. Estar en las fronteras desde instituciones pesadas, como mastodontes que no pueden girar y correr ágilmente, y prefieren atacar. Esas instituciones de dignidad y servicio, de orden establecido y caminos bien sabidos, como las instituciones educativas, que al llegar a las fronteras se sienten sin saber qué hacer y sienten vértigo ante la innovación requerida. Personas como nosotros, con saberes y virtudes acumulados, que nos sentimos que nos llevan el piso en que nos sostenemos en un mundo que cambia más rápido que nuestra capacidad de aprender.

4. LA INCLUSIÓN COMO OPCIÓN

Y en esta frontera, hemos optado por la inclusión.

Por colaborar en la construcción de una sociedad donde quepan todos y todas, inspirados en el banquete del Reino, donde todos estamos invitados por ser hijas e hijos del Padre. Los excluidos son los que no están en ninguna lista de invitados. Los que sólo pueden aspirar a bucear en las sobras del banquete. La novedad del Reino es convertirlos en invitados. Hemos escogido como sujetos de nuestra primera prioridad los pueblos originarios, los migrantes, las víctimas de la violencia urbana, y todos los que sufren formas de discriminación o exclusión. Es la frontera del sueño escatológico, de la utopía; pero también la del conflicto cotidiano. En la frontera se mezcla la ilusión de que del otro lado está la salvación, con la prohibición del traspaso y las sanciones a quien lo intente. En la frontera están quienes negocian y quienes trafican, los misioneros, los comerciantes, los militares guardianes de frontera y los aventureros, especialistas en vencer obstáculos. Nuestra opción por la frontera busca abrir a la novedad del sueño, con la habilidad del negociante, para tejer redes de relaciones humanizadoras. La frontera tiene que ser territorio de diálogo y construcción colectiva.

En el espacio de frontera se van constituyendo como sujetos, protagonistas de su historia, los excluidos por ella.

Por eso la segunda prioridad del Proyecto Apostólico Común (PAC) también es de inclusión. Es la opción por los jóvenes, para abrirles la oportunidad de convertirse en sujetos de futuro con un proyecto solidario. Que sean capaces de transgredir los límites de su yo para sentirse parte de un proyecto de sociedad más allá de los límites que nos imponen las estructuras presentes. Ayudar a los jóvenes a transgredir las convenciones sociales paralizantes de nuestro status quo para atreverse a construir la novedad desde la solidaridad.

La tercera prioridad del PAC también es una opción por la inclusión que ensancha los horizontes de ésta. La inclusión tiene que llegar más allá de las fronteras nacionales. Debe abrirse al fortalecimiento de la unidad latinoamericana para enfrentar los retos de un mundo globalizado. Una unidad que permita la incorporación de los pequeños (en tamaño, riqueza o poder) en el concierto de las naciones. Que nadie quede excluido o discriminado por su debilidad. Por eso esta prioridad se fija en los que por una razón u otra son puestos al servicio de los intereses más fuertes o excluidos del banquete. Al fijarse en Cuba, Haití y la Amazonia no sólo afirma el derecho de los débiles frente a la discriminación, sino que crea en los fuertes la conciencia de la solidaridad como tarea y verdadera fortaleza. Esta capacidad de excluir al otro en el proyecto propio es la clave de la solidaridad. Y reconocemos que esta diámica no sólo salva al otro, al débil, sino también salva al fuerte de convertirse en ogro. Las actitudes imperiales terminan por destruir a los pueblos colonizados y a los colonizadores que perdieron su sentido de fraternidad y se desbocaron en la carrera por la riqueza y el poder. La visión inclusiva, en cambio, nos humaniza.

Nuestra dos últimas prioridades nos hablan del cómo y el quien de este proyecto apostólico. Este nuevo sujeto apostólico de colaboradores en la misión recibida de Cristo necesita fortalecerse para esta misión y necesita reafirmarse en su estilo, inspirado en una espiritualidad apostólica y encarnada, la ignaciana, que marca una manera de mirar y transformar el mundo.

5. INCLUIR ES INNOVAR.

Cuando las puertas se abren y entran a la plaza los excluidos, el panorama cambia: se llena de colores. lenguas y culturas. Florece la diversidad. El espacio público se hace plural y festivo. Y termina por cambiarnos a nosotros mismos, por liberarnos de nuestras rigideces y miedos, para atrevernos a innovar, para arriesgarnos a nuevas formas de relación, y dejar que se rompan las estructuras ya vencidas. Esta irrupción nos transforma a nosotros y las estructuras que nos daban seguridad y despierta la agresividad de quienes se lucraban de ellas. Nos atrevemos a romper los patrones conocidos.

6. UNA METODOLOGÍA CREADORA DE NOVEDAD

El Proyecto Apostólico Común (PAC) de la CPAL no sólo nos propone unas prioridades para nuestra acción, sino también una metodología, un modo de proceder en seis pasos: cercanía, profundidad, acción e incidencia, internacionalidad, intersectorialidad y colaboración.

Todo proyecto debe partir de un análisis de la realidad. Pero todo análisis es siempre un acto situado. No da lo mismo desde donde miramos la realidad. No se ve igual. El Papa Francisco ha dicho que la ciudad se comprende desde la periferia. La realidad se comprende mejor cuando la miramos desde su herida sangrante. Por eso pensamos que hay que mirarla desde la cercanía al pobre y excluido. Desde una cercanía afectiva y efectiva. Para comprender la vida de los pueblos nómadas del Amazonas hay que caminar con ellos muchas millas por la selva. O escuchar con el corazón el relato de quienes las anduvieron. Nuestra cultura, que se niega a aceptar lo que no ha experimentado, se niega a experimentar la pobreza y la exclusión. Las esconde y dsifraza. Y prefiere la cercanía de fantasías virtuales que acercarse a ver, oler, sentir, la exclusión y la pobreza. Todo proyecto tiene que partir de situarnos en el lado herido de la realidad.

Pero no basta ser cercanos. Corremos el riesgo de convertirnos en románticos estériles. El amor a los pobres no puede ser platónico. Tiene que penetrar, tan incisivo como un bisturí, en las causas de la pobreza y la exclusión. Tiene que sentir pasión por entender las raíces y descubrir las salidas. Bebiendo en el propio pozo de la profundidad espiritual. Buscando el sentido o sinsentido de la realidad que nos rodea. Conociéndola a fondo, no sólo con el análisis científico frío, sino con la comprensión apasionada de quien se ha enamorado de esa historia y esa gente. Tenemos que, en un esfuerzo compartido con nuestros aliados, vivir la pasión por comprender en profundidad. La verdadera innovación transformadora sólo nacerá del entendimiento profundo de nuestro entorno y nuestra historia.

El tercer paso es la acción e incidencia. Nuestra cultura contemporánea ha puesto de moda al intelectual de carrera. Que investiga como deporte o para mejorar su curriculum y su salario. Es una deformación del saber humano. La pasión por conocer es fruto de la compasión, es decir, de la pasión por transformar, por mejorar las condiciones de un mundo cruel y excluyente, egoísta y violento. La profundidad no puede saciarse en el placer autocomplaciente de saber más que otros. Busca transformar este mundo en uno mejor. Y en ese sentido no le basta con actuar personalmente en dirección de la justicia, sino que busca crear movimiento, hacer ola, involucrar en la marcha de la historia. Por eso Fe y Alegría no se conforma con una escuela, con un país, con un continente. Es un movimiento, que moviliza gente, multitudes, programas, instituciones. Es una red que enlaza y compromete en producir una educación de calidad para todos y todas. Que busca incidir, crear políticas, leyes, tradición, movimiento. Por eso en la Compañía de Jesús hemos creado las GIAN (Redes globales ignacianas de incidencia). Por eso la CPALSJ funciona con redes internacionales. Por eso intentamos poner las nuevas tecnologías al servicio de este proyecto. Porque nos duele la exclusión y queremos que el mundo se mueva en otra dirección.

El cuarto paso de nuestra metodología implica internacionalidad. En un mundo globalizado es importante mostrar que otra globalización, no la de los mercados, sino la de la solidaridad, es posible. Los jesuitas somos una red internacional. Sólo en nuestras redes educativas en América Latina involucramos directamente unas dos millones de personas. Teniendo estas posibilidades no podemos dejar de ponerlas al servicio de nuestra misión, de aquello en quien creemos. Por eso el Proyecto Apostólico Común intenta tejer redes internacionales alrededor de nuestros programas y objetivos. En educación tenemos la red de colegios jesuitas (FLACSI), la de Universidades confiadas a la Compañía de Jesús (AUSJAL) y Fe y Alegría. Pero tenemos también la Red de Solidaridad Indígena, la de Centros Sociales, la Red Jesuitas con Migrantes, la de Centros de Espiritualidad Ignaciana, la de radioemisoras, la de jóvenes ignacianos, la Red Apostólica Ignaciana para la colaboración en la misión, la Red Claver de Oficinas de Desarrollo, la de parroquias jesuitas. Hemos optado por trabajar en redes internacionales.

Cada vez más tenemos proyectos internacionales. El Proyecto Pan-amazónico, en el que se integran siete países, busca aportar soluciones intersectoriales e internacionales a los dos grandes retos de esa inmensa región: el medio ambiente y las culturas de los pueblos originarios. Por una parte esa zona, que es el pulmón del mundo, se encuentra amenazada por la acción de los gobiernos y las compañías extractoras mineras, petroleras o energéticas. Por otra parte, las culturas originarias se ven amenazadas con la expulsión de sus territorios y la pérdida de sus culturas y sus vidas. Sólo una acción internacional, intersectorial en colaboración, desde la

cercanía con los pueblos originarios y desde la profundidad de la reflexión y la investigación podrá encontrar salida. Pero los mismo podríamos decir del proyecto Caribe, que enlaza 8 naciones, o nuestros proyectos de frontera bi o tri nacional que se multiplican en la geografía latinoamericana.

El quinto elemento es la intersectorialidad. La vida es un tapiz que sólo lo entendemos cuando tejemos los hilos que lo forman. Aunque al estudiar la realidad la dividimos en sus diferentes aspectos y los estudiamos con ciencias independientes, en la realidad estos aspectos forman una unidad inseparable. Aunque en la CPALSJ, para mejorar la calidad de nuestra acción nos dividimos en sectores, somos bien conscientes que nuestra acción tiene que ser intersectorial y cada vez más trabajamos en relación con otros sectores. La acción educativa no puede desligarse de la socio-política, o de las redes de comunicación o de la espiritualidad que las inspira. La innovación tiene que pasar por fortalecer esta intersectorialidad que nos permite una mejor comprensión de la realidad y una acción más coherente y coordinada. Así pensamos que no tenemos prioridades sectoriales en el PAC, sino que todas son tarea para todos los sectores.

Finalmente la última característica de nuestro Proyecto Apostólico Común es la colaboración. La misión que hemos descrito es demasiado grande para cualquier sujeto, por más internacional y complejo que sea. Es evidente que nosotros no podemos solos. Sólo reconociéndolo humildemente y siendo capaces de escuchar y de renunciar a los protagonismos, podremos intentar llevarla adelante. En el pasado quizá pensamos que la misión era nuestra, como lo eran muchas de las instituciones a través de las cuales la llevábamos a cabo. Pero la vida nos ha obligado a reconocer humildemente que la misión es más grande que nosotros mismos, y que sólo nos será posible avanzar en ella en la medida que nos dispongamos a arrimar el hombro con otros. Esto nos abre a las nuevas formas de conocer y de crear. Cada vez son formas más colectivas. Aprendemos por conectividad. Construimos en colaboración. Las nuevas tecnologías virtuales nos permiten hacerlo a distancia.

El enfoque sistémico nos permite integrar todos estos elementos en nuevos sistemas de intervención que no sólo constituyen ellos mismos una innovación, sino que nos facilitan la creatividad orientada a la solución de problemas, a responder a los retos que nos plantean las fronteras que enfrentamos. La exclusión es consecuencia de la dinámica del propio sistema. Un sistema que enfatiza la competencia (mercado desbocado) y el poder excluyente (Estado totalitario). Por tanto la solución no es bajarse individualmente del tren, sino cambiar de rumbo al tren. Es una tarea que supera con mucho nuestras fuerzas. Pero que nos da la orientación para enfocar nuestra acción e incidencia. Tenemos que aceptar que no somos motor del barco. Pero queremos remar en la dirección correcta.

7. CONCLUSIONES

El concepto de frontera nos ayuda a incentivar nuestra creatividad, a innovar a partir del reto que nos surge desde el límite.

La cercanía con los pobres y excluidos, al situarnos en el límite, da rumbo a nuestra innovación. No se trata de una moda, ni de un afán snob. Es la búsqueda de salida desde lo más oscuro del

túnel. Y eso nos obliga a hacernos siempre otra pregunta: ¿Desde donde accede, se conecta el último de la fila de los excluidos?

El desafío de la profundidad nos impulsa a nadar hondo. Desde donde crecen las raíces, superando siempre la tentación de superficialidad que nos da el zapping continuo sobre una realidad siempre cambiante. Una hondura que se tiene que hacer acción transformadora.

En este mundo interconexiones globales nuestra acción tiene que contagiarse, extenderse a través de unas redes que tienen intención, misión, nacida de una identidad solidaria.

La Compañía de Jesús nació cuando Europa descubría que el mundo era más ancho que sus mapas y más ajeno que sus pretensiones imperiales. Nació misionera e intercultural. Por eso tuvo dificultades de entendimiento con una Iglesia cortesana y provinciana. Nació con la modernidad cultural, plural y dialogante, y eso provocó que en las lejanas tierras de misiones se arriesgaran a inventar nuevas formas de ser cristiano y ciudadano. Esto tuvo su costo. Cuatro décadas de silencio y muerte. Pero este año celebramos el bicentenario de la reconstitución de la Compañía después de su supresión. Esas historias nos enseñan a ser prudentes y humildes, no arrogantes. Pero no nos asustan ni retraen. Nos seguimos equivocando porque seguimos buscando las fronteras y corriendo el riesgo de traspasarlas. Porque seguimos mirando las fronteras como reto.

Jorge Cela, SJ.
Presidente CPAL